

La ilusión cognitiva de la Inteligencia Artificial y el valor irremplazable del juicio humano

Nahuel Ibarzabal^{1,2}

¹Servicio de Anestesiología, Hospital "Juan A. Fernández", Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, ² Hospital "Evita Pueblo" de Berazategui, Buenos Aires, Argentina.

nibarzabal@anestesiologo.org

La irrupción de los modelos de lenguaje de gran escala (LLM) y los sistemas generativos ha cimentado en la esfera pública un consenso superficial acerca de la inminencia de una Inteligencia Artificial General. Plataformas que procesan el lenguaje natural con una asombrosa fluidez técnica son descritas rutinariamente mediante verbos que presuponen agencia: se afirma que estas redes "comprenden" y "razonan". Sin embargo, una disección rigurosa desde la ciencia cognitiva y la ética algorítmica revela una arquitectura computacional vacía de semántica e intencionalidad. Comprender esta distinción no es un mero ejercicio filosófico, sino un imperativo epistémico y de seguridad tecnológica.

El entusiasmo por herramientas predictivas y generativas ha sido objeto de críticas por parte de las áreas del conocimiento ligadas a la lingüística y la ciencia cognitiva. Entre ellas figuras como Noam Chomsky. Estos postulan que la competencia estadística en la generación de secuencias de texto o datos no equivale al entendimiento del mundo físico o al razonamiento lógico estructurado. Los sistemas actuales operan como formidables motores estadísticos para el emparejamiento de patrones; son arquitecturas probabilísticas que funcionan con correlaciones, careciendo de un modelo interno de la realidad.

En este sentido, el concepto de "loro estocástico", acuñado por Emily M. Bender. La metáfora describe la desconexión ontológica entre la forma y el significado: la máquina mimetiza la forma sintáctica de una respuesta experta basándose en el cálculo de probabilidades de miles de millones de parámetros, pero fracasa ante el verdadero desafío de la comprensión. La vívida ilusión de coherencia y raciocinio no emana de la red neuronal, sino de nuestra propia mente, predispuesta evolutivamente a

imputar significado y agencia donde solo habita el cálculo estocástico.

Si evaluamos la inteligencia artificial desde los paradigmas de la computación, el diagnóstico técnico apunta a una severa crisis de generalización. Como señala el científico Erik J. Larson, el aprendizaje profundo (Deep Learning) carece del componente más elemental de la inteligencia orgánica: la inferencia abductiva. Frente a un fenómeno anómalo o un escenario inédito, el intelecto humano no realiza una simple interpolación estadística. Ejecuta un acto creativo e instintivo de generación de hipótesis explicativas frente a una observación sorpresiva, filtrando variables irrelevantes y convergiendo con precisión en la mejor respuesta plausible a partir de datos imperfectos. Esta argumentación abductiva es el verdadero motor del "sentido común", un proceso matemáticamente irresoluble para sistemas optimizados únicamente para el reconocimiento ciego de patrones.

A esta limitación cognitiva se suma la ausencia de agencia moral. La delegación del razonamiento ético o científico a una herramienta inerte conlleva el riesgo de sustituir la explicación causal por la simple correlación algorítmica. Frente a un dilema complejo, la máquina no experimenta la dimensión de la responsabilidad, sino que simplemente regurgita los puntos de vista promediados en su inmensa, y a menudo sesgada, base de entrenamiento.

Los modelos generativos y las subestructuras del aprendizaje profundo representan, sin duda, saltos cualitativos monumentales en la ingeniería algorítmica. Su capacidad para el análisis heurístico en bases de datos gigantescas ofrece herramientas de innegable valor técnico. Sin embargo, su fenomenología mecanicista opera enclavada en un vacío de anclaje pragmático e

intersubjetivo. Carecen de la temporalidad, la empatía y la plasticidad analítica ante las infinitas contingencias del mundo real.

Como comunidad científica, debemos liderar la adopción de estas tecnologías con un espíritu crítico. Confundir la fluidez compositiva estocástica con una genuina capacidad epistémica es un riesgo intelectual y sistémico que no podemos permitirnos. La tecnología debe integrarse como un poderoso instrumento de cálculo y procesamiento, pero nunca como un sustituto del intelecto orgánico, la inferencia abductiva y la responsabilidad inalienable que define al juicio humano. Así, en conclusión, el horizonte tecnológico nos anticipa que el desarrollo y la irrupción de nuevas herramientas algorítmicas será una constante ineludible en el tiempo. Frente a esta evolución continua, la respuesta de nuestra comunidad no puede anclarse en la resistencia pasiva ni en el temor al cambio. Resulta imperativo que asumamos un rol protagonista en la adopción inteligente de estas innovaciones. Debemos ser nosotros, desde el rigor científico y el dominio de nuestras disciplinas, quienes propongamos y diseñemos los marcos para su implementación, integrándolas como instrumentos que potencien nuestro quehacer. Solo liderando este proceso de apropiación tecnológica y dictando los términos de su uso, garantiremos que estas herramientas funcionen a nuestro servicio, evitando así que otros actores externos las impongan con la falaz y peligrosa pretensión de reemplazarnos.